

A person wearing a light blue robe is gently holding a small white lamb. The scene is set in a vast, mountainous landscape with rolling hills and a clear sky. The overall mood is peaceful and serene.

Paz

A través del
Reino de
Cristo

Paz a través del reino de Cristo

*Entonces la soberanía, el poder y la grandeza de todos los reinos bajo el cielo serán entregados al pueblo santo del Altísimo. Su reino durará para siempre, y todos los gobernantes le servirán y le obedecerán. **Daniel 7:27***

Las páginas de la historia están manchadas con la sangre de la guerra. Las disputas entre las naciones casi siempre se han resuelto en el campo de batalla. Los videntes y sabios han imaginado un día en que esta práctica despiadada y sin sentido se detendría, y los pueblos de la tierra adoptarían un método sensato y justo de convivir unos con otros. Los profetas de la Biblia, escribiendo bajo la inspiración del espíritu santo de Dios, predijeron tal tiempo, explicando que se produciría mediante el establecimiento de un gobierno mundial o dominio que impondría arbitrariamente a los pueblos de todas las naciones leyes justas y rectas, mediante cuya observancia se aseguraría una paz universal y duradera.

En las profecías bíblicas sobre este tiempo venidero de paz bajo un gobierno mundial, se da la seguridad de que no habrá ningún fracaso del plan divino, porque el reino prometido será un gobierno literal y poderoso, perfectamente organizado y poderosamente equipado para desempeñar todas las funciones que se le asignan en las profecías. Es el reino de Cristo; y el

reino de Cristo, revela la Biblia, es un auténtico gobierno e . Con respecto a este reino, y a Cristo, el gobernante principal del mismo, el profeta predijo: «No habrá fin al aumento de su gobierno y de la paz». Isaías 9:6, 7

El futuro gobierno mundial, que será el reino de Cristo, es uno de los temas destacados de la Biblia. Los profetas del Antiguo Testamento predijeron y describieron con entusiasmo este gobierno impulsado por el poder divino. Una de las primeras referencias a él fue la de Jacob, quien en su lecho de muerte profetizó: «Judá es un cachorro de león; de la presa, hijo mío, has subido; se agachó, se acurrucó como un león, y como un león viejo; ¿quién lo despertará? El cetro no se apartará de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se reunirán los pueblos». Génesis 49:9, 10

Esta profecía fue pronunciada mientras Jacob y su familia se encontraban en Egipto. En Egipto, en aquella época, un león agazapado era el símbolo real del poder y del derecho a gobernar. Así pues, la profecía que describe a Judá como un «león agazapado» era una forma pictórica de decir que de esta tribu real de Israel vendría Aquel a quien el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob habían prometido la «Semilla» que sería el Mesías y el Rey. A este Rey que vendría, Jacob le asignó proféticamente el título de «Silo», que significa «el pacífico». Su profecía de que la «reunión de los pueblos» sería en Silo simplemente significaba que

este Gobernante que sería enviado por Jehová, como Príncipe de Paz, traería paz a las naciones.

Isaías predijo el nacimiento y la exaltación definitiva al reinado de este gran Rey, diciendo: «Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado, y el gobierno estará sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Poderoso, Padre Eterno, Príncipe de Paz». (Isaías 9:6). Más adelante en su profecía, Isaías se refirió a este futuro Gobernante de la tierra como el «Brazo» de Jehová, y predijo que este «brazo santo» sería descubierto ante los ojos de todas las naciones, y que «todos los confines de la tierra» verían «la salvación de Dios». Isaías 52:10

En cuanto a la universalidad del reino mesiánico, David escribió: «Todos los confines del mundo se acordarán y se volverán al Señor, y todas las familias de las naciones se postrarán ante ti. Porque el reino es del Señor (Jehová), y él es el gobernante entre las naciones» (Salmo 22:27, 28). David también escribió acerca del reino de Jehová: «Todas tus obras te alabarán, oh Señor; y los santos te bendecirán. Hablarán de la gloria de tu reino y contarán de tu poder; para dar a conocer a los hijos de los hombres sus poderosas obras y la gloriosa majestad de su reino. Tu reino es un reino eterno, y tu dominio perdura por todas las generaciones». Salmo 145:10-13

Daniel, en una profecía relativa a los gobernantes de las diversas divisiones del antiguo Imperio Romano, tal y como se habían establecido en Europa antes de la Primera Guerra Mundial, escribió: «En los días de

esos reyes, el Dios del cielo establecerá un reino que nunca será destruido; y ese reino no será entregado a ningún otro pueblo, sino que desmenuzará y consumirá todos esos reinos, y permanecerá para siempre». Daniel 2:44

En el Nuevo Testamento

Hemos citado solo algunas de las muchas promesas registradas en el Antiguo Testamento relativas al reino, o gobierno, que en el tiempo debido de Dios gobernará el mundo. El Nuevo Testamento continúa con el mismo tema tranquilizador del reino. El ángel que anunció el nacimiento de Jesús dijo a los pastores: «No temáis... porque hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor». De repente, una multitud de huestes celestiales cantó: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres» (Lucas 2:10, 11, 14). El ángel también dijo que este anuncio del nacimiento de Cristo, el Mesías prometido, era una buena noticia que finalmente llegaría a «todos los pueblos».

Las referencias del Nuevo Testamento al Mesías, al Rey y al reino que él establecería no son exclusivamente de naturaleza profética, pues identifican el comienzo del cumplimiento de las predicciones del Antiguo Testamento. Mientras que, por ejemplo, el Antiguo Testamento predijo que el Rey vendría, el ángel anunció a los pastores que ahora había nacido. Esta primera expresión de la buena voluntad de Dios hacia los hombres, en cumplimiento de sus promesas, era ahora una realidad.

Juan el Bautista, el último de los profetas, también habló de la profecía cumplida. Dijo: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mateo 3:2). El profeta Daniel había profetizado que el Dios del cielo establecería un reino. Debe haber un rey en un reino, y ahora la Majestad Real prometida por el Dios del cielo había aparecido en la persona de Jesús.

Jesús predicó: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos está cerca». (Mateo 4:17). Una traducción más literal de este texto sugiere, tal como lo anunció Juan el Bautista, que el Rey del reino prometido por el Dios del cielo había venido y estaba «cerca», o en medio del pueblo de Israel. Cuando Jesús envió a sus discípulos al ministerio, su encargo para ellos fue: «Al ir, prediquen, diciendo: El reino de los cielos está cerca». Mateo 10:7

La nación de Israel conocía las promesas del reino de Dios. Esto era particularmente cierto en el caso de los líderes religiosos de la nación, los fariseos y otros. Sabían que muchos consideraban a Jesús como el Rey prometido que reinaría en este reino, y le preguntaban «cuándo vendría el reino de Dios». Jesús respondió: «El reino de Dios no viene con observación (la traducción marginal dice “con apariencia externa”). Tampoco dirán: ¡Mirad aquí! o: ¡Mirad allá! porque, he aquí, el reino de Dios está dentro de ustedes (margen: “entre ustedes”)». Lucas 17:20, 21

Los fariseos tenían poca o ninguna fe en que Jesús hubiera sido enviado al mundo por el Dios de Israel para establecer el reino mesiánico. No podían imaginar a nadie llevando a cabo una tarea como esta

sin el apoyo de un enorme ejército con el que pudiera conquistar el Imperio Romano y liberar a la nación de Israel de su esclavitud a los césares. Jesús percibió lo que había en sus mentes, de ahí su explicación de que el reino en el que él sería el Rey — — no se establecería de esa manera. No vendría, dijo, con una demostración externa de esplendor y gloria como la que el mundo estaba acostumbrado a ver en un gobernante conquistador.

Sabiendo que los fariseos dudaban de que él fuera el Rey prometido por Jehová, Jesús explicó además, según una traducción adecuada del texto griego, que la Majestad Real de los cielos estaba entre ellos, refiriéndose, por supuesto, a sí mismo. Esta fue una afirmación audaz para lanzarles a estos gobernantes religiosos hipócritas, pero fue un buen testimonio para ellos, aunque pocos, si es que alguno, lo creyeron.

Una mala traducción de este texto ha llevado a una gran confusión en cuanto a lo que realmente es el reino de los cielos. Tal como aparece en una traducción, dice: «El reino de los cielos está dentro de ustedes». Aquellos que no creen en las promesas de Dios de establecer un gobierno literal y mundial en la tierra, que traerá paz y alegría a la humanidad, se han aferrado a este texto mal traducido para intentar demostrar que el testimonio de la Biblia relativo al reino de Dios se refiere meramente a un estado piadoso y sano del corazón y la mente adquirido por individuos que se someten a la influencia de las enseñanzas morales y éticas de Jesús, tales como las contenidas en su sermón del monte. El «crecimiento»

predicho del reino de Cristo, dicen, se representa en el número cada vez mayor de aquellos que se rinden así a Cristo y buscan obedecer sus mandamientos.

La incongruencia de este punto de vista se hace evidente de inmediato cuando tomamos en cuenta el hecho de que la declaración en cuestión fue dirigida a los fariseos, hombres a quienes Jesús había llamado más de una vez hipócritas, sepulcros blanqueados e hijos del Diablo. ¿Cómo podría el reino de Dios estar dentro de los corazones de tales personas? Pero cuando nos damos cuenta, como ya se ha señalado, de que lo que Jesús realmente dijo fue que el Rey del reino predicho que el Dios del cielo había prometido se encontraba entre los fariseos, el pensamiento se aclara y está en armonía con el testimonio general de las Escrituras sobre el tema.

Aparentemente es difícil para nuestras mentes finitas, caídas e imperfectas como son, ejercer fe en la idea de que el Creador hará alguna vez algo específico por sus criaturas humanas. Esta falta de fe por parte del pueblo que se profesa de Dios se ha manifestado a lo largo de todas las edades. Han imaginado que las promesas de Dios se cumplirían mediante los esfuerzos humanos; que las promesas implicaban simplemente que Dios pondría su sello de aprobación en lo que sus siervos humanos concebían como correcto y se esforzaban por lograr con su celo.

Dado que Jesús fue ejecutado por sus enemigos, y pasaron siglos sin evidencia de que él estableciera un reino visible y literal, a pesar de que había resucitado de entre los muertos, era fácil y natural concluir que

las promesas del reino de la Biblia se referían simplemente a lo que los seguidores de Jesús podían lograr. Debido a esta falta de fe y comprensión, se desarrollaron ideas tortuosas. La gran mayoría de los que se profesaban cristianos acabó uniéndose a los gobiernos civiles, y llamaron a su unión impía «cristiandad» o «reino de Cristo» (). Millones de personas más, especialmente en estos últimos años de la era, han adoptado la idea, como se ha señalado, de que el reino de Cristo es simplemente una influencia justa o un impulso santo en los corazones de los creyentes cristianos.

No es de este mundo

Cuando los enemigos de Jesús lo llevaron ante Pilato, la acusación que le hicieron fue que afirmaba ser rey. Tal afirmación, de ser cierta, lo haría culpable de traición contra el Imperio Romano. Jesús reconoció que había venido al mundo para ser rey, pero explicó: «Mi reino no es de este mundo (en griego, “kosmos”, orden social): si mi reino fuera de este mundo, entonces mis siervos pelearían para que no fuera entregado a los judíos; pero ahora mi reino no es de aquí». Juan 18:36, 37

La afirmación de Jesús de que su reino no era de este mundo y que, si lo fuera, sus siervos lucharían, impone una condena divina sobre todas las operaciones militares promovidas y ejecutadas en nombre de Cristo y que pretenden tener como objetivo promover los intereses de su reino. Según esta norma de actuación expresada por Jesús, todas las llamadas

guerras santas de los siglos no han sido santas en absoluto, sino impías y no autorizadas por Dios.

Además, la explicación de Jesús de que su reino no era de este mundo significa que el concepto humano de civilización llamado «cristiandad», que significa el reino de Cristo, ha sido un nombre inapropiado y, en realidad, una falsificación del verdadero reino de Cristo. Por lo tanto, todas las filosofías que han aplicado astutamente las promesas del reino de la Biblia a uno u otro de los tortuosos esfuerzos humanos por establecer un mundo mejor han estado en desarmonía y en contra del plan divino para el cumplimiento de las promesas de Dios.

No ha habido ninguna razón válida por la que los estudiantes sinceros y reverentes de la Biblia debieran haberse entregado a estas filosofías humanas, o haber sido engañados por ellas, pues Jesús dejó claro que nadie debía esperar que su reino se estableciera durante la era presente. Solo unos días antes de que Jesús le dijera a Pilato que su reino no era de este mundo, relató la parábola a sus discípulos que tenía por objeto enseñarles la misma importante verdad. La parábola se refería a cierto noble (que representaba a Jesús) que se fue a un país lejano para recibir un reino y regresar. La introducción a la parábola explica que Jesús la contó porque sus discípulos pensaban que su reino iba a aparecer de inmediato. Lucas 19:11, 12

La esperanza de los discípulos

Los discípulos de Jesús creían firmemente que él era el Mesías, el gran Rey, predicho por los profetas del

Antiguo Testamento. Creían que había venido a establecer ese reino prometido, ese «gobierno» que extendería su esfera de influencia hasta abarcar toda la tierra y traer paz y felicidad a toda la humanidad. Tenían razón en esta creencia. Pero esperaban que Jesús estableciera de inmediato ese gobierno maravilloso y poderoso. En esto se equivocaron, como reveló la parábola del «cierto noble».

Este punto de vista erróneo por parte de los discípulos de Jesús era bastante excusable, pues él les había hecho creer que tendrían un papel destacado junto a él en su reino, y en su visión limitada del plan de Dios esto implicaba que el reino de Cristo tendría que establecerse necesariamente durante su vida terrenal. ¿De qué otra manera, razonaban ellos, podrían esperar compartir con Jesús el gobierno del reino? ¿De qué otra manera podría cumplirse la promesa de Jesús: «No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le complace daros el reino»? Lucas 12:32

Los apóstoles estaban muy preocupados por la perspectiva de estar asociados con Jesús en el gobierno de su reino y tuvieron muchas discusiones al respecto entre ellos. Santiago y Juan estaban particularmente ansiosos por asegurarse posiciones privilegiadas en el reino e hicieron que su madre le preguntara a Jesús si uno de ellos podría sentarse a su derecha y el otro a su izquierda en su reino. Jesús no dijo que no pudieran ni que no estuvieran con él en su reino, pues les había dado motivos para creer que así sería. Simplemente llamó la atención sobre el alto

precio que tendrían que pagar para estar con él. Les preguntó: «¿Podéis beber de la copa que yo voy a beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?» Su respuesta fue: «Podemos». Mateo 20:20-22

Jesús respondió a Santiago y Juan, diciendo: «Ciertamente beberéis de mi copa, y seréis bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado; pero sentarse a mi di a y a mi izquierda no me corresponde a mí darlo, sino que será dado a aquellos para quienes está preparado por mi Padre». (Mateo 20:23). Así, aunque Jesús no prometió a estos dos amados apóstoles un puesto específico en su reino, explicando que no tenía la autoridad para hacer tales designaciones, sí confirmó su entendimiento de que compartirían el gobierno del reino con él si demostraban su dignidad bebiendo de su «cáliz» y siendo bautizados con su «bautismo».

Aunque ellos afirmaron que eran «capaces», o estaban dispuestos, a cumplir con estos requisitos, es dudoso que en ese momento entendieran exactamente lo que implicaba beber de la «copa» de Jesús y ser bautizados con su «bautismo». Como se reveló posteriormente en el Nuevo Testamento, Jesús estaba invitando a sus discípulos a sufrir y morir con él. Si hubieran entendido esto, habrían sabido que en ningún caso podrían estar con Jesús en la gloria de su reino hasta que resucitaran de entre los muertos, y sabían que esto no ocurriría hasta el final de la era venidera. Juan 11:24; Mateo 13:39

La «copa» de Jesús era de sufrimiento y muerte, y él la bebió fielmente hasta las últimas gotas. Su «bautismo» era un bautismo de muerte, del cual su inmersión en agua por Juan el Bautista era meramente un símbolo. Pablo escribió: «¿No sabéis que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte?» (Romanos 6:3). Nada queda más claro en la Biblia que el hecho de que los discípulos de Jesús en esta era están invitados a seguir sus pasos de autosacrificio hasta la muerte. Asociadas a estas condiciones del discipulado están las promesas de que aquellos que se mantengan fieles a ellas reinarán con él en su reino.

Pablo escribió: «Esta es una palabra fiel: Si morimos con él, también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él» (2 Timoteo 2:11, 12). Y también: «Si somos hijos, somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que compartimos sus sufrimientos para que también compartamos su gloria.» (Romanos 8:17). Después de la resurrección, Jesús dijo: «Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono» (Revelación 3:21). Jesús también dijo: «Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida» (Revelación 2:10). Y luego está esa maravillosa promesa a estos fieles de que resucitarán de entre los muertos en la «primera resurrección» para «vivir y reinar con Cristo mil años». Apocalipsis 20:4, 6

Nacido del espíritu

En Juan 3:1-13 se nos habla de Nicodemo, un gobernante de Israel, y de su visita nocturna a Jesús para aprender más acerca de sus enseñanzas. Jesús le explicó a Nicodemo que era necesario nacer de nuevo para entrar en el reino de Dios. Esto le pareció muy extraño a Nicodemo, y preguntó cómo podía ser eso. No era un nacimiento natural a lo que se refería Jesús, sino un nacimiento del espíritu. Le explicó a este gobernante de Israel que los que nacen del espíritu son como el viento; es decir, poderosos, pero invisibles.

Nicodemo, por supuesto, no comprendió del todo lo que Jesús quería decir, pero a la luz de las enseñanzas e es posteriores de Jesús y los apóstoles, ahora podemos ver claramente que aquellos que comparten el gobierno del reino con él primero tendrán que experimentar un cambio de naturaleza, tal como él lo hizo. Jesús entregó su carne, su humanidad, por la vida del mundo. (Juan 6:51). Fue este sacrificio de su vida humana el que proporcionó la redención para el mundo de la humanidad y asegurará a todos la oportunidad de recuperar la vida durante el tiempo del reino de Cristo. (Hebreos 2:9; 1 Timoteo 2:3-6). Y, habiendo sido dado a muerte en la carne, Jesús resucitó de entre los muertos como un ser divino glorioso, con todo poder dado a él en el cielo y en la tierra. Hebreos 1:1-4; Mateo 28:18

Aquellos que sufren y mueren con Jesús, y en la resurrección son exaltados para vivir y reinar con él,

también experimentarán un cambio de naturaleza, de humana a divina. Pedro escribió que «se nos han dado promesas grandísimas y preciosas» para que por medio de ellas lleguemos a ser partícipes de la naturaleza divina. (2 Pedro 1:4). Pedro también escribió con respecto a los cristianos que el Padre Celestial «nos ha engendrado de nuevo a una esperanza viva, por la resurrección de Jesús de entre los muertos, a una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para ustedes (al margen, para nosotros)». 1 Pedro 1:3,4

Promesas como estas, que al ser malinterpretadas, han llevado a la creencia errónea de que todos los que son salvos por medio de Cristo pasarán la eternidad en el cielo. Pero este no es el pensamiento en absoluto. Estas promesas celestiales son solo para los seguidores asidos de Jesús; aquellos que se niegan a sí mismos, toman su cruz y le siguen a una muerte sacrificial. (Mateo 16:24). No se les invita a sacrificarse para alcanzar la salvación, sino para demostrar que son dignos de vivir y reinar con Cristo en ese glorioso reino prometido: el reino que establecerá la paz en la tierra y proporcionará salud, alegría y vida eterna a todos los que obedezcan sus justas leyes.

Esta exaltación a la gloria celestial es lo que Jesús quiso decir con «nacer del espíritu» (Juan 3:5, 6). Si bien todo verdadero seguidor del Maestro es, en esta vida, engendrado para esta esperanza celestial, no es hasta la resurrección que tiene lugar el nacimiento del espíritu. Esto concuerda con la explicación de Jesús

de que los que nacen del espíritu son, al igual que el viento, invisibles a los ojos humanos y poderosos. Junto con Jesús, esta clase, llamada del mundo y que ha demostrado ser fiel durante la era actual, constituirá la fase espiritual del reino mesiánico. En la parábola del trigo y la cizaña, Jesús se refiere a ellos como «hijos del reino» y explica que «resplandecerán como el sol en el reino de su Padre». Mateo 13:25-30, 36-43

Las «llaves» del Reino

La invitación a seguir los pasos de Jesús, y así calificar para la coherencia en su reino, se extiende a través del Evangelio: la Buena Noticia de la redención por medio de Jesús y la oportunidad de vida que llegará a la gente a través de los medios de su reino. Jesús explicó que solo mediante la negación de uno mismo alguien podía convertirse en su discípulo (Mateo 16:24). Pero el camino estrecho del sacrificio no se abrió realmente como un o hasta el Pentecostés, que fue después de la muerte y la resurrección de Jesús.

Jesús le había prometido a Pedro que le daría las «llaves» del reino de los cielos; por eso fue Pedro quien, en el día del Pentecostés, proclamó la buena nueva y abrió oficialmente la puerta del reino. (Mateo 16:19). Esto fue en nombre de los creyentes judíos. Más tarde fue Pedro quien también proclamó por primera vez el Evangelio del reino a los gentiles. Esto ocurrió en la casa de Cornelio, el primer gentil convertido. Así, Pedro utilizó las llaves del reino.

Esto no significó que el reino se estableciera en el Pentecostés, como muchos creen erróneamente.

Simplemente significa que allí comenzó la selección de aquellos que han de reinar con Jesús en el reino. Las llaves del reino de los cielos que usó Pedro eran llaves para la oportunidad de reinar en el reino como coherederos con Cristo. El camino hacia esta alta posición en el reino es difícil. Pablo dijo que es a través de «muchas tribulaciones» que cualquiera puede entrar en el reino. Hechos 14:22

Aquellos que son llamados por Dios a esta posición exaltada en el reino no son, por regla general, los grandes, los poderosos o los nobles de este mundo, aunque no hay discriminación contra ellos. Es simplemente que, en sus actuales posiciones de honor y autoridad, los términos del «camino estrecho» parecen demasiado costosos. Santiago escribió: «¿No ha escogido Dios a los pobres de este mundo, ricos en fe, y herederos del reino, que él ha prometido a los que le aman?» (Santiago 2:5). Pero ya sean ricos o pobres, pequeños o grandes según los estándares de este mundo, Jesús enseñó que todos deben llegar a ser como «niños pequeños»: humildes, inocentes, infantiles, para entrar en el reino. «De tales», dijo, «es el reino de los cielos» (Mateo 18:3; Marcos 10:14, 15). Jesús no estaba diciendo aquí que el reino estaría compuesto por bebés.

Juan el Bautista

Jesús dijo: «Entre los nacidos de mujer no ha surgido nadie mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él» (Mateo 11:11). Si entrar en el reino de los cielos fuera,

como enseña la teología tradicional, un medio para escapar del fuego del infierno, cuán extraña sería, en efecto, esta declaración de Jesús. Pero gracias a Dios por una mejor comprensión del reino que esta. Aquí, como en tantos otros casos, Jesús utiliza la expresión «reino de los cielos» para denotar la fase espiritual o celestial de ese glorioso gobierno prometido que finalmente reinará sobre todas las naciones y las bendecirá; y Juan el Bautista no tendrá parte en la fase celestial del reino.

«La ley y los profetas existieron hasta Juan», dijo Jesús, «desde entonces se predica el reino de Dios» (Lucas 16:16). En relación con la Ley dada en el monte Sinaí, y las recompensas ofrecidas por la obediencia a ella, el Señor había dicho al pueblo de Israel: «Si de verdad obedecéis mi voz y guardáis el pacto, [...] seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa»» (Éxodo 19:5, 6). La nación en su conjunto no reunió los requisitos para esta posición prometida como reino de sacerdotes. Pero los profetas y otros fieles, como individuos, sí los reunieron. De hecho, los antiguos patriarcas, aunque no estaban bajo la Ley escrita, fueron fieles a los preceptos que esta proclamaba, y Dios cumplirá su promesa para con ellos.

Todos estos «veteranos dignos» sirvieron a Dios lealmente porque tenían fe en las promesas del reino mesiánico. Dios no les ofreció una esperanza celestial. Su expectativa era ser restaurados a la vida como seres humanos en la tierra. Pablo enumera a muchos de ellos en el capítulo 11 de Hebreos y habla de su

sufrimiento por causa de la justicia, y explica que perseveraron y murieron, creyendo que tendrían una «mejor resurrección». (Hebreos 11:35, 39-40). Esa mejor resurrección será a la perfección humana y a una posición de maestros y líderes entre el pueblo.

Jesús dijo a la gente de su época: «Habrà llanto y crujir de dientes cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas (incluido Juan el Bautista, el último de los profetas) en el reino de Dios, y a vosotros mismos echados fuera. Y vendrán del este, y del oeste, y del norte, y del sur, y se sentarán en el reino de Dios». El relato de Mateo dice que se sentarán con «Abraham, e Isaac, y Jacob». Mateo también identifica a los «echados fuera» como los «hijos del reino». Lucas 13:28, 29; Mateo 8:11, 12

Los «hijos del reino», aquellos que por su fidelidad a la Ley podrían haber calificado para ser un «reino de sacerdotes», cuando resuciten de entre los muertos, se sentirán muy decepcionados al descubrir que no ocupan esa posición de honor. Su decepción se describe con la expresión «llanto y crujir de dientes». Pero Jesús explica quiénes ocuparán esa posición. Serán los Antiguos Dignatarios: «Abraham, Isaac, Jacob y todos los profetas». El pueblo acudirá a ellos en el sentido de reconocerlos como los representantes del reino mesiánico que entonces estará a cargo de los asuntos de la tierra.

Estos serán, pues, la fase terrenal del reino de Cristo. En el Salmo 45:16 se nos dice que serán hechos «príncipes en toda la tierra». Aunque Juan el Bautista no estará con Jesús en la fase celestial del reino, será

uno de estos «príncipes» terrenales que representarán a los gobernantes celestiales, Cristo, y a aquellos que sufrieron y murieron fielmente al seguir sus pasos de autosacrificio.

De este modo, se completará la estructura organizativa del reino de Cristo. Su personal, tanto en la fase celestial como en la terrenal, habrá sido puesto a prueba y entrenado de antemano, y resucitado de entre los muertos para ocupar sus puestos como gobernantes y maestros en ese reino. Jesús fue el primero en ser resucitado de entre los muertos, y a lo largo de la era actual ha supervisado el llamamiento y el entrenamiento de sus coherederos. Ha servido como su Abogado ante el trono de la gracia celestial. Ha sido su Buen Pastor, su Consejero y su Guía. Ha sido su Señor y Maestro, su Cabeza.

Una vez completada la obra de llamar y entrenar a sus coherederos, y lograda su resurrección de entre los muertos y su exaltación a la naturaleza divina, entonces vendrá la «mejor resurrección» de sus representantes humanos, los «príncipes», y juntos, en armonía y gloria, estas dos fases del reino largamente prometido comenzarán a funcionar.

También habrá una «gran multitud» de «siervos» espirituales en el reino. Se nos dice que estos estarán «delante» del trono, no «en» el trono, y que no serán gobernantes en el reino. Aunque las Escrituras no indican específicamente cómo servirán estos, al parecer será como enlace entre las fases celestial y terrenal del reino. Esta «gran multitud» se describe en Revelación 7:9, 10, 13-17.

¡Qué «reino», o gobierno, tan completo y perfectamente organizado será este! En Miqueas 4:1-4 se describe simbólicamente como el «monte de la casa del Señor». El monte es un símbolo del reino, y la casa es la familia gobernante de Dios, o la casa gobernante. En esta profecía, las dos fases del reino se simbolizan como «Sión», las espirituales, y «Jerusalén», la terrenal. La profecía afirma que en los «últimos días» el «monte de la casa del Señor será establecido en la cima de los montes, ... y los pueblos afluirán a él».

En una profecía similar registrada en Isaías 2:2, 3, dice «Todas las naciones afluirán a ella, y muchos pueblos vendrán y dirán: “Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob; y él nos enseñará sus caminos, y andaremos por sus sendas”; porque de Sion (Cristo y sus seguidores asidos) saldrá la ley, y de Jerusalén (los Antiguos Virtuosos) la palabra del Señor».

Miqueas 4:3 continúa: «Él», el Señor, el gran Rey y Juez, «juzgará entre muchos pueblos y reprenderá a naciones poderosas de lejos». ¡Cuán evidente resulta de esto que el reino de Cristo ejercerá un fuerte control sobre los asuntos de los hombres, llegando incluso a «reprender» a las naciones poderosas que, al principio, no se arrodillan ante su justo gobierno! Es imposible armonizar profecías como esta con la teoría errónea de que el reino de Dios es meramente el espíritu justo en los corazones de los individuos.

Como resultado de aprender los caminos del Señor bajo el gobierno del reino de Cristo, y si es necesario

ser «reprendidos» o disciplinados en el proceso, las naciones, continúa el profeta, «convertirán sus espadas en arados, y sus lanzas en podaderas; ninguna nación levantará la espada contra otra nación, ni aprenderán más la guerra. Pero cada uno se sentará bajo su parra y bajo su higuera, y nadie los amedrentará, porque la boca del Señor de los ejércitos lo ha dicho». Miqueas 4:4

Súbditos del Reino

Además del hecho de que el reino de Cristo tiene tanto una fase espiritual como una terrenal, también cuenta con gobernantes y con aquellos que son gobernados, los súbditos. Es importante, en el estudio de la Biblia, tomar nota de esta distinción. Cuando Jesús prometió a sus discípulos que estarían con él en su reino, la referencia era al aspecto gobernante del reino, es decir, que ellos serían «reyes y sacerdotes» en el reino junto a él. (Revelación 5:10; Revelación 20:4, 6). El ladrón en la cruz le pidió a Jesús que se acordara de él en su reino, y Jesús respondió: «De verdad te digo hoy que estarás conmigo en el paraíso» (la colocación de la coma es incorrecta en muchas traducciones). (Lucas 23:43). Esta fue una promesa al ladrón de que podría ser uno de los súbditos del reino.

La razón por la que Jesús usó aquí la palabra «paraíso» es que su reino restaurará las condiciones del paraíso en toda la tierra. Nuestros primeros padres desobedecieron la ley de Dios y fueron expulsados del paraíso, pero la voluntad o ley de Dios será restablecida por el reino, y el paraíso será restaurado.

Toda la tierra se convertirá en el Jardín del Edén y se llenará de la raza humana restaurada y perfeccionada. Estos serán súbditos del reino. ¡Y qué felices súbditos serán!

Utilizando nuevamente una «montaña» para simbolizar el reino, el profeta Isaías escribió que en esa montaña el Señor «destruirá la muerte para siempre; y el Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros». (Isaías 25:6-9). Aquellos que han muerto serán despertados de la muerte y se les dará la oportunidad de disfrutar de las bendiciones vivificantes del reino. El apóstol Pablo nos asegura esto en su primera carta a la iglesia de Corinto, capítulo 15, ese maravilloso capítulo sobre la resurrección de los muertos. Primero, describe la resurrección de aquellos que vivirán y reinarán con Cristo, explicando que estos serán exaltados a la inmortalidad. Continuando, dice: «Entonces se cumplirá lo que está escrito: “La muerte ha sido devorada por la victoria. ¡Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón? ¡Oh sepulcro, ¿dónde está tu victoria?”» 1 Corintios 15:54, 55

Esto formará parte de la obra del reino. Pablo explica que Cristo reinará hasta que todos los enemigos sean puestos «bajo sus pies», y que «el último enemigo que será destruido es la muerte» (1 Corintios 15:25-26). Los seguidores de Jesús participarán en esta gloriosa obra del reino, pues este es el reino que, según nuestro texto, «será entregado al pueblo de los santos del Altísimo»» (Daniel 7:27). Es también el reino predicho en Revelación 11:15, donde leemos: «Los

reinos de este mundo se han convertido en los reinos de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos».

Aunque se consumen miles de años en la preparación de este reino, cuando finalmente llega el momento de su establecimiento, este cumple todo lo que Dios ha prometido. La autoridad del reino se manifiesta por primera vez al mundo en un gran «tiempo de angustia, como nunca lo hubo desde que hubo nación», destruyendo los «reinos de este mundo» (Daniel 12:1; Mateo 24:3, 21, 22; Revelación 2:26, 27). Pero más allá de esto, como revela Revelación 11:18, su establecimiento marcará el momento de la resurrección de los muertos, cuando los «santos» de esta era sean exaltados para reinar con Cristo durante mil años en la fase espiritual del reino, y cuando los antiguos profetas sean hechos «príncipes en toda la tierra».

Entonces, también, el mundo entero será iluminado, y todos, pequeños y grandes, aprenderán a reverenciar al Señor. Aquellos que continúen oponiéndose deliberadamente a Dios y a la justicia, descritos en esta profecía como aquellos que «destruyen la tierra», serán ellos mismos «destruidos de entre el pueblo». Hechos 3:23

Entonces se completará la obra del reino, y Dios, el Creador del cielo y de la tierra, será, como predijo Pablo, «todo en todos». (1 Corintios 15:24-28). Así, a través de los agentes del reino, se habrá logrado el cumplimiento completo de la oración de todo cristiano: «Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra como

en el cielo». (Mateo 6:10). ¡Ninguna oración que se haya ofrecido jamás habrá tenido una respuesta más completa y gloriosa!